

Miscelánea

¿Hay una escuela «borgeana»?

No recuerdo si, en tanto reportaje como se le arrebatara durante los últimos tiempos, tuvo que responder Borges a pregunta similar, pero imagino que habría suscripto aquella réplica de Mallarmé sobre el tema: «Abomino de las escuelas y de todo lo que se le parece: me repugna todo lo profesoral aplicado a la literatura, la cual, por el contrario, es completamente individual»¹.

No obstante, la pregunta del título suscita dos clases de reflexiones, simultáneas y no excluyentes. Sólo la primera se dirigiria a explorar qué es lo que en la literatura borgeana, o en la personalidad de Jorge Luis Borges (o en ambas al unisono, ya que pocos autores como él reúnen hasta tal punto literatura y vida), pudo haber generado o no identificaciones, seguimientos, continuaciones. En cambio, la segunda clase de reflexión que la pregunta ocasiona nos toca más de cerca, y tiene que ver con nuestra propia actitud; constituiria así una suerte de interpelación a sus lectores y a los escritores que durante un buen trecho de su vida fuimos sus contemporáneos, y se formularia aproximadamente en estos términos: cómo leímos y escuchamos a Borges, qué hacemos hoy con su literatura, en qué medida y con qué alcances recojemos su legado.

Si quisiéramos responder antes que nada a estos últimos interrogantes, tendríamos que comenzar por admitir que nuestras relaciones con Borges no fueron siempre unívocas ni pacíficas. Los textos y la personalidad de su autor nos llevaron a plantear y replantear muchísimas veces temas tales como el de las correspondencias entre literatura y sociedad, el de la intencionalidad de un escritor y los resultados en su obra, o el de los vínculos entre «decir» y «escribir». Problemas que, naturalmente, nos sobrepasan y que ponían a prueba nuestro instrumental cognoscitivo y analítico de la cultura y de la literatura, nuestros modos de ver el mundo, el arte, sus nexos. (Como se comprende, y eso lo percibiríamos tardiamente, el hecho de que un autor abriera en jóvenes lectores tamaños interrogantes representaba ya de por sí un índice considerable de su importancia... Aunque el carácter ciertamente polémico de algunas posturas públicas de Borges enmarañaba los contactos entre un escritor que en cada

Stéphane Mallarmé. «Réponses à des enquêtes», en *Oeuvres Complètes*. Paris, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade, 1945, pág. 869).

texto crecía, y aquellos que lo leíamos con admiración, pero queríamos leerlo también con cariño.)

En todo caso, el conjunto crítico argentino vivió asimismo diferentes oscilaciones que fueron complicando la cuestión. Inicialmente, un sector de la crítica argentina se ocupó en difundir y consagrar el nombre de Borges, deslumbrada ante los recursos técnicos de que hacía gala el escritor, los que provocaban a veces exagerados entusiasmos por el inteligente desplazamiento de un sustantivo o la novedosa adjetivación de un verbo. Este sector de la crítica solía también maravillarse ante planteos de una problemática filosóficamente audaz en el plano estético, o bien, simplemente celebrar coincidencias programáticas o puntuales en lo político y en lo cultural. Frente a ella se alzó, casi de inmediato, una crítica de signos políticos opuestos, que abjuró de Borges y de los textos de Borges en nombre de principios ideológicos inmaduramente aplicados a la obra de arte aunque notoriamente enfrentados con las posturas públicas que el autor exhibió y proclamó durante casi toda su vida.

Solamente mucho más tarde, despejadas ya ciertas ortodoxias, puesta también en tela de juicio la idoneidad y, sobre todo, la coherencia y seriedad de las actitudes políticas de Borges, comenzó a aclararse el panorama de la crítica borgeana y a reagruparse sus componentes en función de otros ejes menos alejados de la producción textual. Los aportes de la crítica estructuralista, menos glosadora y comentadora que descriptiva y funcional; la utilización de un instrumental que ofreció el psicoanálisis, aplicado ya no a las intenciones de tal o cual autor sino al inconsciente de la obra poética que escribe siempre más de lo que el autor dice; algunos descongelamientos en el campo del marxismo, y la aparición de investigaciones no dogmáticas referidas a la producción estética; todos estos cambios, en fin, permitieron nuevos acercamientos a la obra de Borges.

En efecto, aquella renovación del aparato crítico general dentro de las llamadas Ciencias del Hombre, y sus derivaciones en el examen de la tarea artística y de la literatura en particular, posibilitaron el avance de los estudios, de las lecturas, de los conocimientos y de las simpatías, por el camino de la persecución del sentido de la obra borgeana a partir de su hechura, de su interioridad. Desde éstas, se hizo entonces más factible la estimación de un trabajo de producción de significantes, no como una transparencia mecánica de los deseos y pensamientos del autor, sino como un terreno más mediatizado, más dificultoso, menos traslúcido de la personalidad que el escritor compone.

Después, el acercamiento a la obra borgeana y el respeto por ella no ha cesado de crecer, sin que a raíz de ello pueda hablarse de masivas identificaciones, de continuaciones o de escuelas. Antes bien, el reconocimiento de la obra de Borges y, entiendo, una madura apreciación y asimilación de la misma, imponen alejamientos necesarios. También, con un esfuerzo de gran lucidez, la notoria voluntad de evitar la semejanza, la copia de lo superficial y adjetivo, la trivial imitación. Y, paralelamente, la búsqueda (entonces sí «borgeana», ya que en eso jamás cedió, ni se dejó llevar por

umbre o la facilidad) de nuevos espacios de escritura y de lectura, de nuevas de expresión y de apropiación textual de la realidad, de nuevos modos de vivir lo real en la palabra.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse en consecuencia que no hay hoy «escuela borgeana» (aunque el beneficio de su trabajo literario sea obvio, permanente), creo hacerlo, coincidimos con los propósitos que impregnan toda su obra. Porque vamos a responder ahora a la pregunta desde la primera de las ópticas evocadas: ¿de si Borges pudo haber generado con su obra algo parecido a un movimiento, una corriente o una escuela, colocamos de algún modo en el centro de su voluntad, o deseos quizá más secretos que de ninguna forma podemos imaginar. Sin embargo, de sus textos surge la preocupación por subrayar el carácter solitario, personal, de su literatura: «Escribo para mí, para los amigos y para el curso del tiempo», declara por ejemplo en la presentación de *El libro de las esferas* así como afirmara antes, en el «Prólogo» a *El oro de los tigres*: «Descreo de las escuelas literarias, que juzgo simulacros didácticos para simplificar lo que enseñando insistiendo a su vez en una idea manifestada también en el «Prólogo» retroactivo (1969) a *Fervor de Buenos Aires*: «Somos el mismo; los dos descreemos del éxito, de las escuelas literarias y de sus dogmas...».

Entonces, queda que para responder todavía más ajustadamente al interrogante tendríamos que tenernos de acuerdo sobre lo que representa en la literatura del siglo XX ese «movimiento» que ya podemos llamar «la literatura borgeana». Y que está compuesto no sólo por sus poemas, sus cuentos, sus ensayos, sus prólogos, sus obras en colaboración con seudónimo, sus traducciones, sino también por sus conferencias, sus reportajes, sus opiniones sobre la literatura y la vida.

Esta obra es, para mí, una vasta extensión, una zona inmensa que no se agota con sólo hablarla «línea de pensamiento literario», porque es una forma total de ver la vida y las realidades que la literatura produce. Ella es un componente hoy indispensable en la formación de la conciencia literaria del siglo y, como tal, insoslayable, permanente. Creer entonces (algo prematuramente, es cierto) que es casi imposible pensar en la existencia de una escuela borgeana, lejos de menoscabar la importancia del legado de Borges, pienso que lo sitúa con mayor nitidez, ya que, en definitiva y al menos en la literatura, los términos «escuela» y «maestro» no parecen convocarse mutuamente. El ejercicio, indiscutiblemente, un magisterio, pero éste no fue escolar, didáctico, sino aquel que alguna vez atribuyera él mismo a Pedro Henríquez Ureña: «quien nos da, por ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo»². Empero, para alguien que, como sostenía Genette, «debilita las nociones de paternidad y de originalidad sugiriendo la unidad subterránea y la unidad secreta del arte y del pensamiento»³, aún ese magisterio podía únicamente ejercerse en beneficio de la literatura y en perjuicio de su autor individual o egoísta de su titular.

² Jorge Luis Borges, «Pedro Henríquez Ureña», en *Pedro Henríquez Ureña, Obra Crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pag. VII.

³ Gérard Genette, «La littérature selon Borges», en *Jorge Luis Borges*, L'Herne, Paris, 1964, pag. 326.

A pesar de ello, con el paso de los años, el trabajo incesante y la repetición de algunos tópicos que quedaron vinculados para siempre a su nombre (espejos, laberintos, circularidades o palabra clave) su fama mundial creció y alcanzó una popularidad enorme, sin que por ello se redujera su influencia sobre los más sofisticados pensadores y creadores.

En la actualidad, es poco menos que un lugar común afirmar que la literatura de hoy no sería la que es si Borges no hubiera estado presente en el siglo. Directa o indirectamente, las obras de mayor peso lo suponen. Sin ánimo de realizar un catálogo ni de señalar préstamos o acusadoras influencias, y para nombrar sólo a algunos de los creadores latinoamericanos más importantes, ni Lezama Lima, ni García Márquez, ni Roa Bastos, ni Onetti, ni Cortázar, dejaron de revelar atentas y naturalmente enriquecedoras lecturas borgeanas. Y en el país de Europa que menos desconozco, la literatura de ficción (desde Claude Simon o André Pieyre de Mandiargues al «Nouveau Roman», desde Michel Tournier a los más jóvenes narradores actuales) ha seguido algunas de sus huellas sin desconocer, por cierto, las demás.

Pero como Borges no fue solamente un escritor de ficciones, sino también un pensador de la literatura y del lenguaje, abrió muchas puertas del ámbito literario a las corrientes más avanzadas de la reflexión filosófica y lingüística, y pensadores como Barthes, Blanchot, Derrida, Foucault o Eco encontraron en su obra fuentes de inspiración, incitaciones, motivos y estímulos para sus propias búsquedas. Ideas como la de la función originalmente poética del lenguaje (y, en consecuencia, la vivencia de nuestro idioma como «una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos»⁴); nociones como la del anonimato creador, la del infinito literario, la de la inexistencia de un texto definitivo, la de las repercusiones incalculables de lo verbal, la del libro no como un objeto cerrado sino como pivote de las relaciones más diversas, la de la lectura como actividad y trabajo transformador, instalan lógicamente las meditaciones borgeanas en el centro de las preocupaciones culturales de nuestra época, y reconocen su marca, su impulso.

Inagotable venero para pensadores, inquietante modelo para escritores, Borges no deja, empero, una escuela detrás de sí, aunque su literatura, como la de Kafka, como la de Proust, como la de Joyce, como la de Faulkner, no termine tampoco en sí misma.

Para la imaginación contemporánea —escribe Foucault— lo fantástico no se genera ya en la noche o en el sueño de la razón: «lo fantástico puede nacer de la superficie negra y blanca de los signos impresos, del volumen cerrado y polvoriento que se abre con un revuelo de palabras olvidadas; se despliega cuidadosamente en la biblioteca enmudecida, con sus columnas de libros, sus títulos alineados y sus estantes que la limitan por todas partes pero que se abren, por el otro lado, sobre mundos imposibles»⁵.

Vuelta ya para siempre a ese lugar de donde confesadamente surgió; vuelta para reunirse en alta paridad con Carlyle, con De Quincey, con Emerson, con Whitman, con los infinitos precursores que, como su propio Kafka, creara, la obra de Borges

⁴ «Prólogo» a *El oro de los tigres*, en *Jorge Luis Borges, Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, pág. 1081.

⁵ Michel Foucault, «Prólogo», en *Gustave Flaubert, La tentation de Saint Antoine*, París, Gallimard, 1967.

engrandece el tesoro común de la biblioteca. Desde allí nos vigila y nos sirve; nos orienta, pero también, a la manera de Virgilio con Dante, nos deja libres la cabeza y la mano para que, si somos capaces de hacerlo, exploremos otras regiones donde el guía sea ya innecesario.

Gerardo Mario Goloboff



Borges, visto por
Eugenio Naranjo